

¿Qué le ocurrió a Ann Taylor?

daniel bernardo grimberg

Image not found.

Capítulo 1

¿Qué le ocurrió a Ann Taylor? (por Daniel Bernardo Grimberg)

I

Dentro de ese cuarto, desnuda, la boca seca, Ann se postró al cansancio y con entereza lúgubre desdibujó a su silueta al hundirse dentro de la cama. No quería añadir a su historia más venenos ni advertir a las perplejidades. Tal vez había sido avasallada, pero no confrontó a lo que pasó con reglas preconcebidas. Era cuestión de someterse a lo arquetípico del sueño con la sencillez habitual. Se había sumido en una fragmentación que no brindaba socorros, y derivó en alucinaciones. Las impecables neblinas nocturnas le otorgaron sus símbolos de confusión, que se centraron en diezmar a los sucesos diarios.

Se sintió una versión degradada de sí misma, y no imaginó que aquello sería un viaje que la apartaría del tiempo y del desear constante. Con la intención de desandar a la bizarría de esos tiempos, había enumerado inconexos datos de manera salvaje.

Le pareció que sus piernas estaban azuladas, y que el escarnio se adentraba de su alma; el mundo se rodeaba con peligros. Tal vez, al dormir, cumpliría con lo que fue sembrado en alguna predestinación. Quería flotar sobre la luz y las catástrofes naturales, y establecer finos controles sobre las dispersas sombras. Unas horas antes, una persona la había juzgado indiscernible y le ofertó a su temida piedad.

Ann tenía algo partido el labio inferior, un raspón en la mejilla izquierda, y algo que se descarriló y quedó circunscripto a su memoria. Se dejó llevar por la empresa de volar como si fuera una paloma que no terminaba de llegar a su nido. Era ese remedo de la libertad y el desgano, lo que la mecía. El sueño no arribaba, pero la brillante tozudez de la locura ocupaba su espacio.

En el suelo quedaron los pequeños montes de sus ropas, y un álbum de música cuyo título hacía referencia al mar profundo, y al que se había referido en un soliloquio con el que pospuso a cuestiones práctica, y que después de que desprendiera de su boca una arcada, tuvo que interrumpir dejando que prevaleciera un embelesado silencio (ese disco fue un tributo bien logrado y extraño, un trabajo al que le atribuyó tener una templada quinta esencia, aunque después pensó que, en verdad, nunca fue un

factor consonante de su vida sino un castigo que no le dio reposo).

Había hecho mención a su madre, a la infidelidad del hombre, a los gruesos dilemas que cada día tenía que hacer frente, y estuvo lejos de diseminar los fulgores típicos con los que salpicaba a sus shows. Su descubrimiento fue que en lo oscuro se abrían vastas posibilidades. No asumió a las obsecuentes narraciones exitosas, e hizo un arrogante uso de un adjetivo peyorativo. Luego, sintió que un pesado calambre se sumaba a sus desdichas anteriores. El hombre que la había acompañado, más tarde declaró que se había rendido y no quería curiosear en sus dilemas.

Ann se deslizó por sábanas bien almidonadas, dejando que cayeran al suelo dos toallas abiertas y una tableta rota de medicamentos prescriptos. No quería profundizar más a las duplicidades, y decidió dejarse llevar por los sueños antes de seguir remando hacia lo que no tenía conclusión. Estos le proporcionarían una selección de efímeros símbolos que la despejarían de los desconciertos.

Al tiempo, se vio volando en los brazos de la nada porque no encontraba dentro de su pequeñez a un sustrato en donde agarrarse. Quiso volver a ser desconocida, o dejar atrás a esa era en que se había hecho famosa, y escapar de lo abismal que con frecuencia se inmiscuía en su alma, y encumbrarse en lo que universalmente se suponía eran medidas perfectas.

Había hablado con un hombre que tenía propiedades sórdidas, como el sol, el techo, las ventanas cerradas, la caldera a gas, y su impaciencia inevitable. Se atareó discutiendo, pero no homenajeó a su vanidad. Musitó cortas palabras que fijaban como ciertos a esos escasos instantes, mientras sus dedos giraban dentro de sus manos sin tomar específicas direcciones. A esa altura el mundo le resultó igualmente obsoleto, aunque este apenas contaba con la cama, la oscuridad, y sus cabellos llenos de tintura.

Su modestia y codicia había sido la de traducir sus miedos en canciones de amor. Pero desaprobó lo que antes había aceptado, con un balbuceo de su boca cerrada. El hombre había desaparecido, pero dejó que sus sombras se multiplicaran en la entenebrecida habitación llena con mutismos. Por suerte se largó, porque su sentido de urbanidad había fallado y no logró conversar sin decir algo infame. Le había asegurado que ya no aguantaría más aquello que tanto le desagradaba, y se embarcó en insultos que tuvieron una destinataria directa. Se obsesionó en crear perturbaciones y que se en el aire se respirara a una persecución. Deslizó algunas mentiras, o nociones inferiores, que ella no pudo sacarse de la cabeza.

Según la indagación que inmoderadamente sobresaltó a George Aise, a ese acto Ann lo llevó a cabo con la intención de saber más, romper con lo intrascendente, y apropiarse con insensatez del Conocimiento.

Fue una contienda que realizó en contra de la cotidianidad la que la sumergió en sí misma hasta enmudecer por completo. Incesantes crueldades trastornaban al ámbito íntimo de los sueños con tumultos que se plegaban a sus hastíos. Alguien le dijo que había dejado de ser inocente o cristalina. Sin guardar cuidados, descendió a un pasaje en donde atiborró a su corazón con el rugir de las bestias; ahí verificó la existencia de brillos similares a los producidos por pirotecnias estruendosas. Su convicción fue que avanzaría hacia alguna certeza, o leería mejor a los capítulos de su vida si se dejaba ganar por otros tipos de gnosis.

Rota la tendencia a recibir desgarradoras noticias, Ann tuvo la compulsión de escribir en una sola línea a décadas y décadas.

En ese día había retrocedido frente a la imagen que le transmitió el espejo, porque le pareció que de su piel salían viscosos gusanos. Frente al hombre no adujo que había adquirido un impresionante sentimiento de superioridad que se oponía a la nada, y le haría comprender a las abstrusas fórmulas que temía. La tristeza estaba enmarcada en su rostro, pero él no creyó que el vacío estuviera plantado a sus pies. Tampoco notó a su imprudencia ni que quisiera llevar a los extremos a una rebelión importante.

Habían pasado dos días y una noche, y el magro deseo de reconciliación no logró que se armonizaran dentro de la acordonada habitación. Probablemente, ese fue el motivo por el que el hombre gritó que sabía aquello que ella había logrado esconder. Y se salió del enorme confinamiento en ese refinado ambiente, y se desprendió de ese tiempo en que las luces se amontonaban en los bulbos de las lámparas, y dio vivas a su promesa de olvidaría de ella, como si así instrumentase una definitiva sanación. Ambos se arengaron enemistades.

Afuera, en los asfaltados terraplenes, la gente acumulaba experiencias, trucos, actos comerciales al por mayor, y pocos tenían inclinación a morirse de risa. Los hombres cultivaban pensamientos que giraban en torno a la escasez de franquicias y a las abundantes crisis. Narraban algunas cosas que no eran del todo ciertas, pero tenían la virtud de conservar reminiscencias de una fe antigua Nadie se testimoniaba como víctima ni sobreviviente, pero preferían desfilas como sabios que predecían que cuándo llegasen las lluvias, las carreteras se llenarían con lodos. Había que expresar sapiencias sin hacer movimientos en falso, ni calcular que en cualquier momento se perderían aun circulando por la más

conocida de las sendas.

George fijó a las certezas que le ayudaban a correrse de ese interminable pasado.

Él había estado ahí, embravecido, intentando renovar a sus flujos de ensueños mientras que, con un reticente deslumbre en sus ojos, miraba a través del balcón a la fisonomía de ese sector elegante de la ciudad (donde se mezclaba la dicha con lo inquietante). Luego, se marchó con la idea de orientarse por un tiempo libre de cargas y obligaciones.

Muchos años después, no hizo cabales declaraciones públicas, y ni siquiera autorizó que su voz saliera en un programa de televisión, pero elaboró (para sí mismo) una descripción de lo que había habido a su alrededor y que aún le resultaba extenuante. Se dirigió con sus pensamientos a su mujer, Emma, y al infinito que podría ser Dios o una idea que nunca sería divisible. Recordó como de joven miraba maravillado a las cercano que estaba el mundo a su alma, y se entretenía en la terquedad y el atrevimiento.

Se enfrascó en analizar aquella etapa que ahora se le presentaba irreconciliable, y en repeler algunas añorantes lágrimas. No quiso presentarse frente a las cámaras de televisión para no sacar a relucir sus limitaciones y torpezas. Y no existía la dimensión que su mujer imaginaba y cotejaba de manera persistente.

Había salido de la suite, camuflado entre miles de otros seres que en algunas cosas se le parecían (aunque los cruzaban con movimientos opuestos y no hablaban de subsanar o reparar algo que les sería ignoto).

Saludó a un barman que era un personaje que siempre se interponía en su camino ofreciéndole truculentos tragos que al principio le brindaban consuelos y más tarde lo abrumaban. Ese hombre le desencadenaba preguntas al introducirlo en pequeñas conversaciones dentro de ese local que también tenía un espacio abiertos. Los esbozos que les daba no eran sus mentadas opiniones.

Siendo ya un hombre maduro, George Aise no alabó a aquel ultraje a lo razonable, ni se empeñó en convertirlo en una hazaña. Sólo enderezó a su angustiado cuerpo que ya no podía dar cabida a tan fuertes emociones. A Emma le había advertido innumerables veces acerca de las falsificaciones que se hacían con sólo usar la imaginación. Y antes de volver a la previsibilidad de su hogar, fortaleció a sus ortodoxas creencias y desestimó a aquello que si le daba cuerda se convertiría en una ordalía.

Ordenó la magnitud de su sentir a partir de la instauración de un rígido respeto hacia los que partieron y se mantenían graves y distantes, puesto que habían sido educados de esa forma por la muerte. Calculó que había que dedicarles lustrosas miradas, y después deshacer a lo malo o

deplorable que pululase a sus memorias. Sin embargo, Emma haría que esos respetos se transformasen en una insalvable brutalidad. Poniendo como centro a Ann y su época, largaría maliciosas sugerencias.

George se preguntó quién había sido, con quienes comulgó, y cómo se salió de la terrible desgracia, en un día que había reputado como uno más, y en el que la irracionalidad usurpó al lugar de lo que hasta entonces había creído que eran divertidos viajes con profusión de derroches. Y le surgió una trágica risa al darse cuenta que esa predicación había nacido del vacío, de los asesinatos que diariamente se planificaban y ejecutaban en contra de los sueños, y de la exacerbada propaganda que se le hacía a la ambición.

Entonces se hacía valer a través de sus forajidos impulsos, partía a los horarios con un martillo de cabeza roma, y se mezclaba con el horizonte hiciera calor o frío. En la calle una persona lo saludó al verlo; le sobraban los amigos, y no era amenazado por el fracaso.

Después de sacarse de encima a la mujer, se había metido en lugares concurridos por turistas y transeúntes de los que sospechó que no poseían los más simples conocimientos, y solo se dedicaban a canturrear mientras que bendecían lo que alcanzaban a tocar la vista. Vio a un hippie que se golpeaba el pecho porque se veía rodeado por monstruos tortuosos, y a un sujeto que echaba mecánicos rezos para que los restantes advenimientos de la luna enjuagaran a su rostro. Claro que había bares, sitios donde tomar tragos, y en donde se arremolinaban los viandantes excitados por la gran ciudad (en la que depositaban a sus ilusiones, o si se quiere, al Destino en el que se habían enrolado).

En aquella noche no se notaron desfases, por el contrario, las tendencias se repartían en lo que era común. Ese tiempo equivalía a otros, en los que nadie transitaba por problemas o alternativas que no coincidían con planificaciones felices. El barman le transmitió el mensaje de una admiradora que se justificaba diciendo que el verlo personalmente se le revelaba como la más agradable sorpresa.

Ahora, recurría a la soledad, y estaba dispuesto a ver al pasado tal como fue, sin interponer cuentos, ni lamentos sin cometido de lo que ya se había hecho irrevocable. Una vez más escuchó a la sollozante música de Ann y a su ingenua voz que juzgó incorruptible.

Se apoyaría en sus escrúpulos, y no en las cavilaciones que los demás trenzaban con aburrimiento. Y reflexionó que, en aquel fatídico día, las excitaciones de sus sentidos duraron hasta que la noche, junto a las últimas cervezas, le impuso un negligente cansancio que le hizo desistir de ir y venir de acuerdo a los dictados de su desidia. Como era lo habitual, su mente emprendía una guerra sucia con la intención de restituirlo a la sublime hoguera de los sueños; sólo debía ignorar lo que lo

rodeaba, y abandonarse a la búsqueda de remotas imágenes.

Por un rato siguió andando por ahí con incurable inocencia. Deducía que el mundo no cesaba de responder con fidelidad a sus emociones, a pesar de que el cansancio volvía cada diez minutos para susurrarle que estas se fueran apagando, y que debía repudiar como secundario a las vívidas experiencias que de persistir se convertirían en estigmas peligrosos.

Al acto final de Ann Taylor lo veía detrás de las moradas cortinas del tiempo, en el interior de un escenario inmenso por el que pasaron complejos años (treinta y ocho) en los que tal vez fue manejado por los hilos de un titiritero, pero disfrutó de eventos alegres, y sobrevivió a grises tormentas. Hubo alegrías, apremiantes contratiempos, natalidades desperdigadas a lo largo de una década, y anhelosos ensayos con otras bandas musicales.

George sacó estadísticas de la fama que torció a su brazo, las horrendas envidias, las risas versátiles, los enormes proyectos que a veces fueron feroces y en no en pocas circunstancias estuvieron equivocados, la lenta eclosión de la edad, y los enloquecidos gritos de su voz interior que lo convencieron en no participar (una vez más) de ese aniversario de la muerte de Ann Taylor.

La leyenda de esa mujer había adquirido proporciones míticas, mientras que él no se engrandecía a través de las jornadas, sino que se iba encogiendo con las continuas desventuras que acechan al común de la gente. Su mujer, Emma, dilapidaba un hábil sentido del humor que no escondía al empeño en desairarlo, en hacerlo sentir algo menor. Y él resistía con revueltas, litigios, y objeciones, y frases que se eslabonaban en categorías alegóricas. Notó que no hubo una favorable evolución en su estilo; le traía a colación una vastedad de temores y terrores sólo por el placer de espantarlo, de trastornar los pacíficos aires que respiraba. Por lo que, debido a su irritante intromisión, en una mañana que había que sujetarse al orden establecido por las fechas del almanaque, el hombre le increpó que rompería al piso y aparecería cómo un reptil que se incrustaría en la sala como una piedra en la vesícula. Con los estallidos de su larga cola, azotaría a quienes quisieran echarlo; sería fiero, repugnante, y se despatarraría con defensas inesperadas. Así, nadie lo vería como un personaje trivial.

George tenía ideas raras que estaban abiertas a aquellos dispuestos a escucharlo; quería escribirlas en los muros, o ladrarlas como un perro enfurecido. Con esas rarezas hacía retumbar a su ímpetu ensordecedor, pero en ese día y por haber sufrido por amor, se sometió al encierro en su hogar, y no para negar su relación con Ann Taylor, sino para que nadie lo divise. s

Sería cuidadosamente ignorado, o al menos se alejaba de las operaciones realizadas por los charlatanes de feria que con sus sellos, sigilos, y talismanes, se dedicaban a falsear a los recuerdos. Nunca se ubicaría en paralelo con esos prejuiciosos y pedantes.

Muy distinto había sido el tránsito de Ann, según los reportes de revistas, ahora salpicadas con manchas de humedad y expuestas a las profanaciones de los insectos. La muerte la había liberado del mundo, pero no de la adoración de su fiel audiencia. La gente escuchaba a su música en reclusos contextos, sin dar lugar a traficadas versaciones ni hurgando en prolíferas suciedades.

Atrás en el tiempo, con magulladas palabras, Ann solía llegar a un blancuzco sitio en donde se correspondía con sujetos muy flacos, a estos lo saludaba con sus suaves y espléndidas manos (que tocaron un piano de cuyo lustre muy pocos guardan memoria). Se expresaba y respondía como si no fuera una de las cantantes más populares del momento; sus pedidos eran trozos de palabras, que expresaba con un digno aire y una amabilidad que tejía impasible.

El dealer activaba la distribución de la mercadería que le aparejaba ganancias cuantiosas. Pero antes establecía cuales eran los números referenciales y agregaba la conjetura de que todo era posible.

Ann se situaba entre los caminantes omnívoros que se introducían por las bocacalles. A veces la veían acompañada con un personaje que decía sentirse inspirado mientras que tildaba a la realidad como ilusoria. Ella nunca averiguó la razón por las que realizaba esos actos furtivos, sólo se apartaba de los escenarios, y daba y recibía en ciclos que empezaban una y otra vez.

En esos tiempos, el mundo era reducido por algunos infelices que relacionaban la noche, la música, la droga, y el alcohol, con sus extorsivas ambigüedades. Estos sacaban la conclusión de que no existía un límite para la sed, y se obtenían manías de excelencia si se despertaba a lo que era innegablemente genial. Con sus cuellos inflados por esos vocablos, se complacían en hacer ese tipo de absoluciones.

Ann murió muy joven (veintitrés años) por una sobredosis de heroína, durante una noche en la que concertó a sus profundos anhelos con el propósito de acabar con fastidiosos y malestares, y alinearse con las constelaciones de estrellas. Tuvo avidez en vislumbrar lo que había dentro de escondrijos infames, y se entregó a potentes magias que conllevaban creativas implosiones de colores.

En esa conmemoración de la muerte de Ann, George estaba en su casa con Emma, y del aparato de televisión salía una voz femenina que parloteaba en forma minuciosa. Hablaba de leyendas que sería vano desmitificar, discordancias entre el cielo y la tierra, y estrambóticas cuestiones que sucedieron en cornisas frecuentadas por sonámbulos.

Un fingido pesar enlutó la cara de esa mujer (Heidi Stevenson) que dirigía al desfile de fotos de Ann Taylor. Revisó a sus logros más acabados como si le pertenecieran a ella, y a los que llegaban a sus departamentos urbanos o casuchas en los suburbios. ¡Esa inapreciable muerte era un valor que ella sabía cómo resguardar!

Con su taladrante voz se enfocó en algunos disturbios personales de la mujer que enseguida ungió con afecto. Esa figura estaba incluida dentro de un compacto patrimonio televisivo, por lo que provocó amistosas disputas con el objeto de comprenderla. La presentadora adujo haber hecho una dura investigación, y ser la portadora de nuevas reservas de datos. Hizo desquiciadas alharacas acerca de su vínculo emocional con la cantante, hasta que se ciñó a un corte comercial con el ruego de que la esperasen, ya que en unos minutos repondría la verdad que se había intentado tapar, y descontaría una miríada de subsistentes perplejidades.

El show siguió con artistas que efectuaron crepitantes reflexiones. Manipulaban a la imagen de Ann, y George sospechó qué faltaba poco para que ese recordatorio de la vida de Ann, se descarriase. Se habían yuxtapuesto anécdotas que lo hicieron temblar un poco.

Ilustraban al espectador con detalles con el criterio de conmover, pero un buen número de estos servían para intrigar, y nada corregía al meollo de que Ann no había sido suficientemente protegida, y que fue una niña mimada que creía en hadas y criaturas del abismo.

Emma mantuvo sus inquietudes que George no se interesó en legitimar. Sabía que en sus miradas existía algo que imploraba socorro, versiones adversas de sí mismo. Ella se devanaba los sesos mientras clamaba por saber más. Recordaba cuando lo conoció milagrosamente durante una tarde interrumpida, mientras en el cielo se apiñaban grises nubes que nutriría a una tormenta, y le escuchó decir una palabra que desparramó en su cuerpo a un tibio estremecimiento, a la par que derribó la definida seriedad que había puesto en su rostro. Luego hablaron de crepúsculos y auroras, y de otras cuestiones que no eran ociosas.

Había pasado mucho tiempo, pero de Ann no le consiguió sacar más que fríos cabeceos, pese a haber apelado a rimbombantes ruegos para que le cuente.

Ann Taylor no fue la única persona que no distinguió al bien del mal, ni la dirección que tomaba un errado colectivo cuando aparecía por debajo de

vaporosas nubes. Se desplomó con indiferencia, y murió cuando el sueño volteaba su cara a los costados, y al esplendor de los nuevos días los recibiría groseramente. En el sinfín que ofrece el mundo (o en sus apariencias) fue una de las que rechazó a la coerción de lo que estaba por llegar. Los nombres siguieron a los pilares de nombres, las letras a las palabras, los números a las cifras, los pájaros a las bandadas que hacen fluctuar al cielo, cómo fue siempre... y en la multitud de alucinados, Ann se extravió.

George Aise la recordó como la cantante de rock que se movió por las luces y sombras de los '70, con actitudes de una mujer caprichosa y la misma intolerancia al sufrimiento con que se instaló en aquella habitación de un hotel en Los Ángeles, que asimismo fue la torre desde donde observó por última vez el mundo.

Confundida, sintiéndose arriada por un vejamen profundo, había entrecruzado varias llamadas telefónicas con el sigilo, y se impuso no alterarse por algo que ya era irreparable. Ann le había dicho a George Aise, su guitarrista y amante, que había quedado atrapada en un fuego que no dejaba cenizas. Lo hizo resignada, manteniendo un regular tono en la voz, y sintiendo la misma amargura que embarga a un caminante cuando ve a un animal del bosque devorar a un pájaro caído.

George se apesadumbró y discurrió con su mujer como mantener vivo al auténtico recuerdo de Ann Taylor, pero al cabo de un rato comprendió que esa misión sería apalabrar inútilmente a la humanidad, ya que esta no desparrama consuelos a los que se encuentran desamparados, y más bien deja a cada cual librado a su suerte. En esa única ocasión Emma percibió algo de franqueza en los aguados ojos de su marido.

Fin